**SERIE DE ARTÍCULOS DEL LOWY INSTITUTE**

**El mundo después del COVID-19**

**Desinformación, verdad y confianza**

**Natasha Kassam**investigadora asociada, diplomacia y opinión pública

Versión original en ingles disponible en: <https://interactives.lowyinstitute.org/features/covid19/issues/truth/>

Después de una década de retroceso democrático y populismo, el 2020 es el final macabro. La propaganda y la desinformación están profundizando la desconexión entre el público y las élites políticas durante COVID-19. Tanto la verdad como la confianza son víctimas.

La confianza en el gobierno ya estaba en un punto bajo antes de COVID-19. Y en las primeras etapas del virus los gobiernos no inspiraron confianza. China encubrió el brote. Estados Unidos lo subestimó. El Reino Unido se rindió ante el. Y la mayor parte de Europa no pudo controlar su propagación.

La mayoría de los gobiernos están intentando rectificar los primeros pasos en falso. Pero las dudas sobre la competencia de estos sistemas, democráticos o autoritarios, continúan aumentando. Se les dice a los ciudadanos que recurran a fuentes autorizadas, pero las instituciones que alguna vez fueron confiables no han dado un paso adelante: la Organización Mundial de la Salud se ha visto afectada por las acusaciones contra China.

La información errónea en una pandemia no es nueva, pero con el COVID-19 no tiene precedentes. En este entorno de información impugnado, no existe una única fuente de verdad. Incluso los datos sobre los casos de COVID-19, codificados en la simplicidad de 1s y 0s, cuentan una historia diferente según la universidad que los publique.

La autoridad de los medios heredados se ha visto socavada por las percepciones de prejuicios ideológicos arraigados y la pérdida de publicidad por igual. Para muchos periódicos, COVID-19 será un evento de extinción.

Las redes sociales y las noticias marginales han llenado el vacío. En la crisis, las redes sociales han tenido sus beneficios: los periodistas ciudadanos y los médicos abiertos se han empoderado. Pero los actores malignos prosperan en entornos de desconfianza y confusión, y abunda la información errónea peligrosa, la desinformación y el análisis aficionado defectuoso. Abran paso a los epidemiólogos del sillón.

Más de dos millones de personas vieron y compartieron una publicación de Medium.com que afirmaba que la respuesta de salud pública al COVID-19 se basaba en la histeria, en lugar de la evidencia, antes de que fuera eliminada como peligrosa. La verdad, y uno de sus emisarios, la ciencia, ha sido politizada. Si esta pandemia señala el regreso de la ciencia, entonces para ganar tracción, los científicos también deberán ser propagandistas.

Peor aún, los líderes políticos han sido cómplices: suprimiendo información y, a veces, mintiendo abiertamente durante el brote. La sospecha se ha dirigido correctamente a China, donde el instinto de suprimir y censurar las malas noticias tuvo costos trágicos. Pero la Casa Blanca bajo el presidente Trump también ha tenido una relación tenue con la verdad. Para muchos, ninguno de los dos sistemas parece particularmente atractivo. La incompetencia del gobierno ha llevado a las personas hacia las mentiras y las emociones en lugar de los hechos y la ciencia.

Las teorías de conspiración también han florecido, ayudadas en parte por los gobiernos. Algunos funcionarios chinos afirmaron que el virus fue traído a China por el ejército estadounidense. Funcionarios electos de los Estados Unidos argumentan que COVID-19 era una arma biológica china que no funcionaba correctamente. La verdad se ha oscurecido en esta guerra de palabras poco edificante. Las encuestas de Pew han encontrado que un tercio de los estadounidenses dicen que COVID-19 se originó en un laboratorio.

Al entrar en el vacío, las empresas de tecnología se han convertido en guardianes. Twitter elimina las publicaciones del presidente de Venezuela, Maduro o el presidente de Brasil, Bolsonaro, que promueven tratamientos COVID-19 no probados, pero hace la vista gorda cuando el presidente Trump comparte el mismo mensaje. Incluso para los extremistas de libertad de expresión de Silicon Valley, la información es política.

La era de la información tenía por objeto hacer la verdad más accesible y los gobiernos más responsables. En cambio, la propaganda y la información errónea brotan de una gama infinitamente creciente de nuevas fuentes, mientras que los gobiernos y las instituciones que alguna vez fueron confiables desmontan la verdad para servir a sus propias prerrogativas políticas.

Algunos gobiernos están reconstruyendo la confianza pública a través de respuestas competentes y honestas. Pero la desconfianza y el engaño en la vida pública se está acelerando. Y la verdad, subvalorada ya en la historia reciente, se ha convertido en otra víctima de la guerra contra COVID-19.